

que es permitido en el trato comun se puede trasladar á los escritos y razonamientos graves, donde cualquier leve descuido deslustra la sententia y su exornacion, y los otros, por dar mas dignidad á sus conceptos con la cultura de sus palabras, no aciertan, con las propias que sin tocar en los dos extremos de comunes ó estudiadas, tengan una noble propiedad. Para desviarse del language comun, no basta desechar las visiblemente vulgares, sino escoger entre las decentes las mas urbanas y enérgicas, sin que se trasluzca violencia ni afectacion. Por egemplo la palabra *ondas* es voz mas sonora, llena y grave que *aguas* y que *mar*: mas grave es *tempestad* que viento; mas *ruina* que caída, mas *pesadumbre* que pesar, mas *gravedad* que peso; mas *sublimidad* que elevacion; y mas digna *lecho* que cama, y *alumbramiento* que parto, etc. Y así la voz grave significa mas vehemencia, la sublime mas magnificencia, y resplandor, y añade magestad á la diccion grave.

Pero para no caer en el culteranismo queriendo huir de términos comunes, aunque propios y claros, se necesita cierto tino en escoger voces conocidas sin que dejen de ser nobles. Si no queremos decir, por egemplo, *cierzo* que es voz comun, ni *norte* que es general; no diremos tampoco *aquilon*, que es poética, y por tanto afectada; pero podremos decir *septentrion*. Por las mismas razones y orden comparativo no diremos, ni *levante*, ni *orto*; mas sí *oriente*; ni tampoco *poniente*, ni *acaso*; mas sí *occidente*.

Y aunque los términos forenses, legales, oficiales, y metafísicos son nobles por su sentido y objeto, no los admite la dignidad de la elocuen-

cia, ni aun para símiles y comparaciones, en que se busca color y esplendor. Para estas imágenes tienen mas energia y propiedad las voces pastoriles, las rurales, y todas las que pintan objetos de la naturaleza, por ser mas puras, mas magnificas, mas sencillas, y mas sensibles que las del arte: con estas se enseña y se instruye á los entendimientos; mas no se mueve y deleita á los ánimos.

Los vocablos bajos en todos los idiomas desdoran la oracion de tal modo que, generalmente hablando, sufrirémos ántes un concepto bajo expresado con términos nobles, que el concepto mas noble con términos bajos; porque si todos no podemos juzgar de la exactitud y fuerza de un pensamiento, casi todos somos capaces de percibir la vileza de las palabras.

Hay cierta clase de palabras bajas, y son las que no guardan decencia con la cosa que se trata, ó con la persona que las dice, ni con las que las oyen; y no por sucias ni deshonestas, sino por demasiado humildes, como *rocín*, *burro*, *gorrino*, etc.; ó por picarescas ó cómicas, como *dar papilla*, *hacer la mamola*, etc.

Los vocablos y modos de decir mas generales tienen mas dignidad que los particulares; y la negacion de los contrarios mas que la afirmacion. Así se dice mas grave y honestamente de una muger *vive mal* que no es una p... y aun con mayor disimulos, *no vive muy bien*; ó con mas decoro, *no vive muy honestamente*. No se puede guardar esta decencia en la espresion sin observar una particular delicadeza en la eleccion de las palabras. No es de perder aquí la ocasion de trasladar un egemplo de un autor grave español, el cual queriendo referir dos hechos de dos cor-

tesanas griegas, sin ofender la castidad de los oídos, narra de esta manera ambos casos: *Elpínice encendida del deseo de gloria y fama, rogó á Polignoto con muchas caricias y blanduras, acompañadas de promesas, que la pintase al natural entre las troyanas de su cuadro. Hizolo el pintor con tal diligencia que así parecía viva; y en pago de tan excelente obra, alcanzó de ella una noche. Praxiteles también, peritísimo entallador de mármol, amó ahincadamente á la no ménos hermosa que taimada Frine, la cual pidió que en premio de su amor la sacase al desnudo; y él lo cumplió con tanto cuidado, que del rostro de la imagen se conocia la afición del artífice, y la alegría de ella por tal paga.*

Varios son los modos de cubrir lo torpe ó feo del pensamiento, cuando el escritor no puede callar los hechos por no faltar á la verdad, ó por sacar de ella avisos ó documentos saludables. Una sola palabra, usada en diferente sentido del propio, recto, y natural, ó bien un circunloquio enfático, oscurecen con una sombra figurada la demasiada claridad de la cosa, de modo que se trasluzca el sentido principal, para que el lector haga dentro de sí la aplicacion, sin ofensa de sus oídos: *Mesalina* (dice un historiador) *después de haber hecho plato de sí á cuantos venian, volvió triunfante al lecho nupcial.*—*Bien se dá á entender* (dice otro) *ser el amor deseo insaciable, de aquello que cuentan de Jupiter con Alemena, que triplicó la noche, no bastándole una para apagar el fuego de su ardor.*

No basta hablar el lenguaje propio, castizo, y correcto, porque, á pesar de todas estas calidades, indispensables siempre en la declaracion de

todo pensamiento, y en la narracion de los hechos, podrá faltar dignidad, y aquella gala que distingue la elocucion del comun modo de hablar. A veces las mismas palabras propias del idioma, y significativas de las cosas, rebajan los quilates del estilo noble, por ser demasiado propias. Así suele acontecer en las meramente técnicas en cualquier materia, porque el orador, no ménos que el poeta, deben huir de los términos que pertenecen esclusivamente al lenguaje didáctico: mas no por esto pretendo que se diga *Febo* por sol, ni *Latóna* por Luna, ni *Filomena* por ruseñor, etc., licencia solo concedida al estilo poético; sino que se hable de las cosas con aquellas palabras, nobles por mas vagas, hermosas por mas apartadas de la inmediata aplicacion al objeto; pero adecuadas siempre á su genuina significacion: lo contrario seria afectacion y oscuridad.

Quiero decir con esto, por egemplo, que si he de hablar de una batalla, no haga empeño en explicarme como un práctico que narra militarmente, ni descienda á los pormenores mecánicos y desnudos; sino que abrace las acciones principales, y esto con ciertas metáforas y tropos bien escogidos que realcen el asunto sin hacerlo perder de vista. Si entra en la narracion, no dirá el orador los *balazos*, sino los estragos de la artillería, no nombrará las *balas*, sino los tiros; no dirá los *cañones*, sino las bocas de fuego; no dirá el *tren*, sino el boáto; no el *botín*, sino los despojos; no *batir*, sino espugnar; no *bayonetas*, sino aceros; no *choques*, sino rencuentros; no *guerrilla*, sino escaramuza; no *atacar*, sino embestir; no *apuntar*, sino asestar; no *accion*, sino

pelea; no *regimiento*, sino *legion*; no *murallas*, sino *muros*; no *sitio*, sino *asedio*; no *bloqueo*, sino *cercos*; no dirá *sentar plaza*, sino *alistarse*; no dirá *sirvió bajo de tal General*, sino *militó*. Usando de voces antiguas se da mas dignidad á la dición, en cuanto se apartan mas del lenguaje moderno de la milicia. Pero esto pide cierto tino y discrecion, atendido el tiempo, el lugar, y la naturaleza de las cosas. El prosista tiene mas estrechos limites en esta parte que el poeta.

En el estilo oratorio no caben las palabras plebeyas ni familiares; mas ni las que designan cosas muy pequeñas, sin una absoluta necesidad. Basta indicar las calidades de ellas por un término general y apartado; y no tan peculiar é inmediato, que se desautorice la frase. Esta debe disponerse con tal arte y juicio, y vestirse de tal gravedad de palabras, que, aun cuando se escriba de cosas humildes, no caiga el orador en oracion humilde. Esta llaneza y prolijidad solo es bien recibida del lenguaje técnico y didáctico, donde se trata de definir, describir, y enseñar. El orador pinta en grande, y solo las calidades eminentes de los objetos, y siempre con las voces de significacion mas estensa, si son mas nobles. Dirá *estancia* en vez de *sala*; *morada ó mansion* en vez de *vivienda*; *moradores* en vez de *vecinos*; *marcial* en vez de *guerrero*; *silvestre* en vez de *montés*; *vínculo* en vez de *atadura*; *gradas* en vez de *escalones*; *ceñido* en vez de *fajado*. Y ¿quién podrá negar que hay casos en que la dignidad del asunto requiere que se prefiera la palabra *cerviz* á *cuello*, y esta á *pescuezo*, que es por sí humilde; *labios* á *boca*; *plantas* á *pies*; *palmas* á *manos*; *asno* á *burro*; *cándido* á *blanco*; *conflic-*

to á *combate*; *incendio* á *quema*; *asolar* á *talar*; *segur* á *hacha*; *impostura* á *embuste*, etc.?

Sin embargo, como hemos dicho mas arriba, todo esto pide cierto temperamento, porque no se debe hacer siempre ostentacion de una vana hinchazon de palabras, espresando cosas comunes con términos magníficos. Las grandes palabras son impertinentes en el estilo simple; pero los términos simples y comunes asientan bien algunas veces al estilo noble. Hay pasages en que la sencillez de las palabras espresa mejor la cosa que todo el ornato y pompa de ellas; en aquellas hay mas energía, porque hay mas propiedad. Y es muy natural que una cosa enunciada en términos ordinarios se haga creer mas facilmente.

Todo se puede ver en este pasage de Teopompo, muy adecuado, y que dice mucho: *Filipo se bebe, sin pena, las afrentas que la necesidad de sus negocios le obliga á sufrir.* ¿Cuanto significa esta espresion *beberse las afrentas*, para esplicar la facilidad con que un hombre, para engrandecerse, sufre y disimula indignidades! Lo mismo diremos de esta otra espresion de Herodoto. *Cleomenes, habiéndose puesto furioso, toma un cuchillo, se pica las carnes, se hace un gigote, y muere.* En estas espresiones no hay finura, mas hay franqueza; hay energía, y no grosería.

Hay frases de gran nobleza por su objeto, en que la viveza del pensamiento pide á veces, para representar la imágen, la palabra mas comun, sacrificando lo noble á lo enérgico. Así se lee en este ejemplo de Fr. Luis de Leon, cuando dice de un malvado hipócrita que finge en el templo actos de oracion: *Gotean sus manos sangre inocente, y alzas al Señor como limpias.* Podía

haber dicho, *destilan ó manan*, palabras ménos comunes ó mas cultas; y prefirió la de *gotean*, por mas espresiva.

Hay voces, nobles y propias en un sentido, aunque comunes; y en otro impropias y bajas: en el primer caso pueden recibir un sentido figurado, y de ningun modo en el segundo. La voz *fierro* se usa en sentido fisico, no para denominar genéricamente este metal, sino cuando tratamos de las labores en las herrerías, y de los artefactos y utensilios fabricados. Pero en acepcion figurada, como *morir á hierro*, *cargado de hierro*, *penar entre hierros*, nunca usaremos de la voz *fierro*.

De la elegancia. — Esta voz se deriva, segun algunos, de la latina *eligere*, escoger, porque solo esta puede ser su verdadera etimología; y en efecto, todo lo que es elegante, es escogido. La elocuencia, es comun á todas las naciones, y á todas las lenguas; pero la elegancia ya es obra mas del arte que del natural talento; ó añádase aun, que el artífice es mas elegante cuando le ayuda la índole del idioma, y la construccion de sus vocablos.

Del genio gramatical de un idioma, de sus licencias y libertad en la sintáxis, y de la variedad en sus formas, saca el buen escritor los varios modos para la armonía, fluidez, suavidad, rapidez y brevedad de la sentencia. Estas calidades sobresalen en la castellana, en cuya frase no hay trabas que impiden el rodear ó acortar camino, dilatarse ó recogerse, pararse ó revolverse de muchas maneras. Segun el uso que se hace de ella, hay escritores redundantes ó concisos: lánguidos ó enérgicos, ásperos ó blandos, confusos

ó despejados, tardos ó espeditos. La elegancia en toda composicion no es la elocuencia, sino una de las calidades de esta, pues no consiste solo en el número y armonía, sino tambien en el escogimiento y correccion de las palabras, que se llama cultura.

Un discurso podrá ser elegante, sin ser por esto bueno; porque, como ya hemos dicho mas arriba, la elegancia no es mas que el mérito de la *dicción*, pero tampoco llamaremos absolutamente bueno un discurso si no es elegante. Sin embargo, el orador mueve y persuade muchas veces sin elegancia, sin número y sin armonía, porque el punto principal para la eficacia de la elocuencia, consiste en que la elegancia nunca enerve el vigor de la sentencia. Así es que quien pretende persuadir á los otros, debe en ciertos casos sacrificar la elegancia de la espresion á la grandeza del asunto, ó energía del pensamiento.

Ademas, hay idiomas que se prestan mas que otros á la elegancia y algunos que jamas podrán servirla de instrumento. Ya terminaciones duras ó sordas: ya la frecuencia y concurso áspero de consonantes: ya la escabrosa trabazon de partículas, y de verbos auxiliares, multiplicados á veces en un mismo período, ofenden el oído de los mismos nacionales; y qué será de los estrangeros?

Aun en las lenguas mas fluidas y armoniosas, como es la española, desaparece todo este mérito, cuando la maneja un escritor inculto é imperito, como en estos egejemplos. *No ha podido dejar de ser menester que ella se haya convencido*; pudiendo haber dicho *tuvo que convencerse sin recurso*. Frases descuidadas, fastidiosas repeticiones, son otros de los defectos contra la ele-

gancia. Aunque hay innumerables títulos por donde estamos obligados á Dios; este es el mayor de todos, y el que solo, aunque mas no hubiera, merece todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviere infinitos corazones que emplear en él. En esta oracion reina mucha negligencia en el aire de la frase, y en la repetición de tres veces *aunque*, y dos veces el artículo, *el*, y otras dos el pronombre *él*, concluyendo el período con este ingrato é insonoro monosílabo. ¿Quién creyera que así hablase Fr. Luis de Granada?

Otras veces el demasiado esmero en acicalar y alinear las frases, enerva y afemina la oracion; unas veces por afectar pureza y correccion, y otras por ostentar cultura y armonía, que son partes constitutivas de la elegancia. En todo estilo debe reinar la mediocridad, porque en toda oracion *nimia humilitas vitanda*, y la elegancia, *nunquam spernenda*; mas no con la afectacion con que algunos la usan en estos tiempos, que creen enriquecer y mejorar su idioma sacándole de su dialecto y génio.

De este abuso se quejaba tambien en su tiempo Lope de Vega, respondiéndolo á una dedicatoria del Licenciado Francisco de las Cuevas, donde dice: «Quiere Aristóteles, y quiere la naturaleza, que todas las cosas en llegando á su propio lugar reposen; pero en muchos, que la ambiciosa curiosidad llaman cultura, no le halla nuestra lengua, y por esto peregrina hasta llegar á bárbara. La estrañeza y la peregrinidad deleitan á la ignorancia, y la verdad al entendimiento. Pero hay hombres que se burian de la naturaleza como Diógenes, cuando en tiempo frio se

»abrazó con una estatua de bronce. Con fundamento piensan muchos que debe de ser defecto de letras andar á buscar palabras, tal vez por bajas, menospreciadas del uso, y tal vez de la docta censura por la vanidad y pompa de su soberbia, curiosa temeridad de muchos, acertada de pocos, y de ninguno admitida.»

En otros, la afectacion de armonía por parecer elegantes, les hace caer en el vicio de aquellos que vuelven á fabricar un ídolo de los adornos del oído, como los Israelitas, que de las arcaadas de sus mugeres é hijas hicieron el becerro. Otros quieren ser elegantes, sin atender, como se debe, á la correccion y exactitud, que son calidades esenciales de la *pureza de lenguaje*. Lo que se dice, ha de ser puro, ordenado, y acomodado á las cosas de que se trata: llamo puro lo que es propio y natural del idioma en que se habla ó escribe, sin lo cual no hay correccion. Esta nace de la observancia escrupulosa de las reglas gramaticales, y de las palabras que el uso autoriza. La *exactitud* consiste en evitar las expresiones y voces anticuadas, las cláusulas truncadas ó no bien cerradas, y la frase y trasposición de los poetas, que dislocan y cortan el enlace de las palabras, cuya licencia, necesaria para el número y la rima, no es permitida á la prosa.

La *correccion* comprende tambien la adecuada coordinacion de las palabras, y el enlazamiento natural de las espresiones que componen el hilo y sucesion de las ideas. Estas calidades forman la *construccion* en general, que es la forma exterior de la oracion; de suerte que toda violacion de esta regla, tan necesaria para la clara y lim-

pia locucion, se llama *solecismo*. Pero aunque se considera la correccion como una de las virtudes principales de la elocucion, no debe el perfecto orador hacerse tan esclavo suyo que llegue á amortiguar el espíritu y energía de una sentencia. Si es vicio el ser incorrecto, tambien lo es el ser frio; y mas vale en ocasiones faltar á la gramática que á la elocuencia, esto es, quo es menor defecto ser inexacto que lánguido.

Es prenda preciosa de la elegancia la fluidez, aquella corriente carrera de términos blandos y sonoros, y cadencia grata de cláusulas donosas y llenas. Sería no tener oído ni gusto no reconocer lo fluido de los siguientes egemplos. Oigámos al P. Marquez, cuando dice: *seria negar, no solo la costumbre, sino la naturaleza, no conocer que las mugeres virtuosas siempre hicieron pundonor de no borrar las lágrimas de la viudez con las galas del segundo matrimonio*. Regalada es la fluidez de esta elegante pintura de Miguel de Cervantes, que empieza de esta manera: *Convidábale la soledad del camino, y la sabrosa armonia de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado canto á saludar al venidero dia*.— Entre otros modos de decir elegantes, la dulzura y fluidez de la diction; cuan delicadamente suenan en estas cláusulas de Fr. Luis de Granada hablando con Dios!; *ó dulcísimo amador de las almas limpias!; ó dulcedumbre mia santa, esperanza mia segura, caridad mia perfecta, vida mia eterna, alegría y bienaventuranza mia perdurable!*

Otro egemplo añadiremos que envuelve, en la variada testura de la composicion, pureza, correccion, número, armonia, realzando la hermo-

sura de la elegancia con el resplandor y gracia del estilo metafórico. Es el mismo P. Marquez, quien, hablando de la música, dice que se debe ir con mayor tiento en oirla, por cuanto tiene mayor jurisdiccion sobre nuestros afectos: *Es el natural del hombre tan adelantado, que siempre quiere ir ganando tierra en el deleite, y así es menester quedarse algunos pasos ántes de la raya; que el que llega á lograr lo licito, á pique está de caer en lo vedado. Y así, como se entra la golosina á sombra de la necesidad, viene á ser incierto el medio de la templanza, que el de la justicia no lo es: y de esta incertidumbre se aprovecha el deleite para colorear con capa de virtud el exceso de su regalo*.

Pecan, pues, contra esta gracia de la diction aquellos escritores, que suelen enredar el tegido de las cláusulas con una construccion dura é ingrata al oído; las unas embarazadas con artículos ó particulas superfluas ó repetidas, y las otras, dislocadas ó desatadas entre sí sin consolidar los miembros del período, ni suavizar los cortes de las transiciones con aquella natural trabazon de las cópulas conjuntivas, ó disyuntivas.

Son absolutamente inelegantes las sentencias cuya composicion carece de tersura y limpieza, es decir, en cuya estructura el autor no ha tenido el cuidado de castigar la frase, del modo que el jardinero chapoda un árbol vicioso, entresacándole las ramas superfluas, y las varas inútiles que le ahogan. ¡Cuanto desaliño y negligencia hay en esta arrastrada y floja oracion! *Luego que esté bien lavada la cuba, y que se haya raspado, será del caso que se prepare, tomando un lienzo que se haya empapado bien en azufre*. Esta com-

posicion difusa, embarazada y fastidiosa, puede quedar pura, limpia y sucinta, recortándola de esta manera: *Luego de bien labada la cuba y raspada despues, convendrá prepararla con un lienzo bien empapado en azufre.*—Pongamos otro egemplo de falta de correccion y limpieza: *Para esto no hay mejor medio que el que se ha indicado arriba.* Con menos rodeo y ménos palabras se diria: *El mejor medio para esto es el arriba indicado.* Con esta operacion se cortan seis palabras embarazosas *no, hay, que, que, se, ha.* Traigamos aquí otro egemplo para pasarle despues el hacha y la llana: *Siempre se ha de procurar evitar que se pueda jamas introducir el lujo,* pudiendo decirse limpiamente: *evitemos siempre que se introduzca el lujo; ó bien la introduccion del lujo.*

Entre los vicios mas comunes contra la limpieza y fluidez que pide la elegante oracion, es la repeticion desagradable de unas mismas voces, ó de unas mismas terminaciones, ya de particulas, ya de preposiciones, ya de adverbios, ya de infinitivos, ya de gerundios, etc. Egemplo de particulas: *Porque, aunque se sabe que es preciso que el hecho que se cuenta ha de tener lo que llamamos verosimilitud.* En esta oracion imperfecta ofenden al buen gusto y al buen oido seis ingratas repeticiones del *que*, las cuales desaparecerian, ó se modificarian, cercenándolas, ó envolviéndolas dentro de la frase, mudada su estructura de esta manera: *Y, si bien se sabe que el hecho que se cuenta debe tener lo que llamamos verosimilitud.* Aun tiene mas fácil composicion esta dura y desaliñada oracion: *Por fin, ¡cómo un arte por sí tan útil que ha sido por*

tantos siglos cultivado por un número tan grande de hombres, no se halla por esto mas adelantado! En esta corta admiracion admira tanta negligencia, pues se repite cinco veces el sonido del *por*, que se podria templar ó cortar diciendo así: *En fin; cómo un arte de suyo tan útil, que ha sido tantos siglos cultivado por un número tan grande de hombres, no se halla con todo mas adelantado!* Egemplo de infinitivos repetidos: *Estas son las calidades, que ha de tener para poder ser perfeto, y para no dejar ignorar lo que se haya de hacer.* El escribir con este desaliño, es mas que ignorancia, pues toca ya en estupidez.—Egemplo del fastidioso sonido de los gerundios: *Esto se puede conseguir yendo llenando lo vacio y vaciando lo lleno.*—Egemplo de preposiciones y pronombres repetidos: *Si sin reflexion se considera que si se omitiera esta precaucion, se rompiera con el aire que se soltase.*—Otro: *dió á conocer á la Europa á que grado ha llegado la fisica.*

Es de grande auxilio, para evitar el desagradable sonido de los pronombres *el* y *ella*, *aquel* y *aquella*, *este* y *esta*, el buen uso de los posesivos y relativos *suyo* y *suya*, *cuyo* y *cuya*, y de los adverbios de lugar *donde*, *aquí*, *allí*, con lo cual se estrecha mas la frase y se fortifica. Dicese sin cuidado: *Descubriéronse los ipócritas, y las artes de ellos,* pudiendo haber dicho, y *sus artes.*—Otro dice: *Las minas del pais son la principal riqueza de él,* pudiendo haber dicho *son su principal riqueza; ó aun mejor, la principal riqueza del pais son las minas.*—Otro: *Este territorio en que el clima es muy frio,* pudiendo haber dicho *donde el clima, ó cuyo clima,*—

Otro: *Era un castillo que no pudo apoderarse de él el General N. Diríase mejor, del cual no pudo apoderarse; y aun mucho mejor, que no pudo tomarlo el General N.* — Otro: *Es un antiguo hospital del que fué fundador el Rey N. Digase con mas soltura, cuyo fundador fué el Rey N.*

Sobrados egemplos me parece haber presentado para manifestar la atencion y cuidado con que debe proceder todo escritor que aspira al nombre de elocuente, y la necesidad de no olvidar las primeras reglas del arte para producir con limpieza, claridad, y precision sus conceptos. Y, si bien muchos de estos preceptos los tiene prescritos la gramática, los modos de egecutarlos solo la retórica lo enseña; ménos cuando el mismo escritor que nos vende la doctrina como suya ó agena, cae torpemente en los vicios que se propone reprehender. Así se lee en la traduccion castellana de los oficios de Ciceron Cap. XX. del lib. I. por Francisco Támara, donde en una breve y sencilla oracion de cuatro líneas, se repiten cuatro terminaciones en *ente*, y tres de ellas en *mente*, para mayor tormento de los oidos. Dice, pues de esta manera: *Por esta misma razon, el hablar copiosamente, con tal que sea prudentemente, mas escelente cosa es que darse á la contemplacion agudamente sin elocuencia.* No ménos descuidado y fastidioso es otro lugar de la traduccion de Blair, en la Leccion VII. del tom. I. pág. 165, donde continuando el mismo desaliño se dice: *Cuando las naciones del Norte, que inundaron el imperio, llegaron á moderar el lenguaje, abandonaron su lengua.*

Aquí podriamos tratar de otro vicio contra la elegancia, y es la repeticion de una misma pala-

bra dentro de oraciones muy unidas, ó muy cercanas, como se puede leer en la pág. 161 del citado tomo y Leccion, en que se dice: *Es muy corta esta libertad en comparacion de la que tenían las lenguas antiguas. Las lenguas modernas varian tambien unas de otras en esta parte. La lengua francesa es entre todas la mas determinada.* Si la traduccion es literalmente ajustada, debemos inferir que el Maestro Blair no tuvo tino, ni su traductor oido. Dejo por no bien entendido, aquello de *determinada*, que suena á lengua atrevida, suelta, desatada.

Si la repeticion en periodos separados es tan fea y mal sonante ¡que será dentro de una misma sentencia, ya sea de nombres, ya de pronombres, ya de preposiciones, etc. ! Sea el primer egemplo de este género una oracion entera de un autor censurado por el mismo Blair justisimamente, que está concebida de esta manera: *A esto sucedió aquella licencia que inficionó la moral, no pudiendo esta mejorarse por aquellos que entónces componian la Corte, ó por aquellos que formaban los partidos, ó por aquellos que manejaban los negocios en aquellos tiempos calamitosos.* Pero ¡quién creerá que en la misma obra en que se dan lecciones contra estos vicios, que son de bulto para cualquiera racional que tenga ojos ú orejas, se cometen iguales faltas no alcanzando la paciencia para contarlas! Bastará decir para confusion de nuestra vanidad, ó sea sobrada confianza de los que nos atrevemos á enseñar á los demas, que apénas acaba Blair de censurar el egemplo anterior, cuando añade, ó le hace hablar así su traductor: *Este autor es el que habla sobre esto, de esta suerte.* Pero en la

Lección II. tom. I. pág. 25 echaron el resto no sé cual de los dos, repitiendo cuatro veces la preposición *sobre* dentro de una sola proposición, que empieza y acaba así: *Nos podemos convenir de esta verdad con solo reflexionar sobre la inmensa superioridad que la educacion da á las naciones civilizadas sobre las bárbaras, y sobre la que en una misma nacion tienen los que han estudiado las artes liberales sobre los hombres rudos.*

Si en las obras publicadas para enseñar á la juventud el arte de bien hablar, se encuentran tan escandalosos tropiezos; cómo enmendará sus yerros, ó sobre qué dechado se formará el incauto lector que compra libros tan á ciegas, como el que compra melones? Y es empeño bien donoso que en la citada obra emplé el traductor casi la mitad de un tomo en sacar á la vergüenza los defectos verdaderos ó imaginados de nuestros Marianas, Leones, Cervantes, Argensolas, Saavedras y Solises, en cuyos escritos no se propusieron dar lecciones de retórica á la nacion: bien que sobren ejemplos de elocuencia para los españoles agradecidos por desengañados.

ARTICULO I.

ELOCUENCIA DE LOS CONCEPTOS.

Como el estilo en general puede considerarse bajo de dos respectos diferentes, ya por el modo mas ó menos feliz de espresar los pensamientos, de que ya hemos tratado; ya por el de concebirlos y declararlos juntamente; lo analizaremos aquí en este último sentido.

Para escribir bien es necesario amueblar la memoria de una infinidad de ideas accesorias al asunto que se trata; y en este concepto solo carece de estilo el que carece de ideas. Por esto vemos á muchos autores que escriben con escelencia en un género, y en otro con infelicidad; no porque ignoren el aire de la frase, ni la correccion del language en general, sino porque se hallan desnudos de ideas en aquella materia.

Los conceptos son el alma de las sentencias, las voces su cuerpo, y la elocucion su vestido para hacerlas mas visibles ó mas hermosas. Entonces, pues, las espresiones mas brillantes, si carecen de sentido, que es el alma, no vienen á ser sino vanos é insignificantes sonidos. Al contrario, un pensamiento puede ser sólido y grande, aunque le falte la gala de los adornos, porque lo verdadero, de cualquier modo que se presente, siempre es de mucho precio. Así, cuando el orador ponga algun cuidado en las palabras, sea despues de haberlo puesto en las cosas, porque aquellas no pueden ser propias ni exactas, si no nacen del mismo objeto que han de representar.

De la verdad en los pensamientos.—La primera y fundamental virtud de los pensamientos ha sido siempre la verdad: pues sin ella los mas espléndidos y elevados, ó que lo parecen, son intrinsecamente viciosos. Y como las ideas vienen á ser las imágenes de los objetos, del modo que de las ideas lo son las palabras; y por otra parte solo se llama fiel el retrato que se semeja al original; todo pensamiento se llamará verdadero cuando represente las cosas tales como son en sí mismas.

Aunque la verdad es indivisible, los pensa-